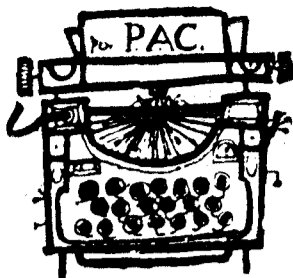


escrito a máquina

Susana



Susana era "hermosa en extremo". Aquel año los israelitas habían elegido como Jueces de su pueblo a dos ancianos y los ancianos, que llegaban a casa de Joaquín, el esposo de Susana, veían a la hermosa israelita y "perdieron el juicio" por la belleza de Susana.

Es interesante que en esta breve y maravillosa historia bíblica sobre la justicia humana las dos antagonistas que se mueven en el fondo sean la Belleza y la Justicia.

Susana se bañaba en el huerto de su casa de Babilonia en una tarde de calor. Los dos jueces se habían quedado ocultos tras de los árboles y al salir las criadas se acercaron a Susana y le dijeron: "Mira, las puertas de la huerta están cerradas y nadie nos ve, y nosotros estamos ciegos por tí; condesciende con nosotros y ríndete a nuestros deseos. Si no lo haces, testificaremos contra tí diciendo que estaba contigo un hombre y que por eso despachaste a las criadas...".

El cuadro del procedimiento es perfecto. Primero la Justicia "pierde el juicio" frente a la Belleza ajena. Susana puede ser la Riqueza. Puede ser el Poder. La ambición de lo que no nos corresponde que es la primera grieta abierta a la ecuanimidad. Luego se acercan —escondidos— a esa Belleza ya desnuda: a su fulgurante atracción. Ellos mismos dicen: "Estamos ciegos por tí". Y proponen. O haces lo que nosotros decimos o testificamos contra tí. ¿Cuántas veces, cuántas, esa es la única voz que oye el acusado de parte de sus jueces?

Suspiró Susana en su desnudez y dijo: "¡Angustias me cercan por doquier! (Tortura moral o física. El decir "sí", es desgarrar la dignidad moral. El decir "no", es ser desgarrado en la dignidad física). El proceso ya está planteado. La Justicia ha "perdido el juicio" pero inmediatamente sobrepone, sobre su iniquidad, las formas jurídicas como quien recubre el mal olor con el perfume. Nada más legalista que la ilegalidad. Los jueces de Susana, como todos los jueces prevaricadores, se cubren con la ley para adulterar la ley. Pecan como jueces. Por eso le dicen: "Si no quieres, testificaremos contra tí".

Y Susana dio un fuerte grito. Prefirió su honor a la muerte. Y corrieron los criados y la encontraron con los jueces y los jueces dieron testimonio contra ella. Dijeron que la habían encontrado con un hombre, bajo de un árbol del huerto, cometiendo adulterio. Y se reunió el pueblo y Susana fue condenada a muerte.

Siempre que la Justicia se pervierte, la Belleza es condenada a muerte: es decir, ese equilibrio sutil y sustancial que hace posible la armonía humana.

Cuando llevaban a Susana al patíbulo, un joven —seguramente de extraordinaria personalidad— levantó la voz entre el silencio del pueblo: "¡Limpio soy yo de la sangre de esa mujer!". El joven que gritaba era el profeta Daniel.

Cuando uno lee el inicuo proceso de Susana y llega a este momento y oye esa voz en el silencio, voz que va a variar toda su historia, uno se pregunta si no está señalada allí la necesidad de la Libertad como clima imprescindible para la Justicia. Esa libertad de expresión de Daniel —de quien la Biblia dice que fue inspirado por el Espíritu— rompe el temeroso silencio que produce la iniquidad. Su libertad es el complemento o el suplemento de la justicia.

El cortejo se detiene. Pregunta. Y Daniel arrostra a la Justicia:

—¿Tan insensatos sois, hijos de Israel, que sin forma de juicio y sin inquirir a fondo la verdad habéis condenado a una hija de Israel?

La solución de la historia ya es conocida. Es el juicio que tarde o temprano sufrirán todos los jueces prevaricadores. Los dos ancianos jueces son separados, e interrogado aparte, cada uno de ellos, bajo qué árbol estaba Susana al cometer su delito. Cada juez dice un árbol distinto y entran en contradicción hasta que su fallo inicuo queda aclarado. Los dos jueces son condenados a muerte —agregando la Biblia— "y fue salvada la sangre inocente aquel día".

Esta lectura nos fue presentada ayer sábado en la liturgia de la Iglesia. Es la historia de un proceso de la justicia humana. Un capítulo de procedimiento criminal o civil que fácilmente adapta sus reglas a todo momento de prevaricación. Susana es débil. Todo reo está solo y desnudo en la apariencia. Pero ningún hombre es una isla. Toda obra humana está vinculada en el tiempo y en la eternidad con toda la historia del hombre y la belleza o la armonía o el bien o la verdad que un acto injusto daña, repercute un día, tarde o temprano. Siempre suena la voz de Daniel. Siempre hay OTRO juicio para "los que han perdido el juicio".